

DON MIGUEL BUIZA Y FERNÁNDEZ-PALACIOS, EL OTRO ALMIRANTE DE LA FLOTA REPUBLICANA

José CERVERA PERY

General auditor

Correspondiente de la Real Academia de la Historia

Estrellas en la bocamanga



BUIZA, González de Ubieta, Prado Mendizábal, Ruiz González Ramírez de Togores, Monreal, García Barreiro... son apellidos que se entrecruzan y repiten en los acontecimientos de la Marina republicana durante la última Guerra Civil española. Pueden mandar la Flota, ser jefes de Operaciones o del Estado Mayor, alternarse el mando de cruceros, destructores y submarinos; capitanear la Base Naval de Cartagena en destino de superior categoría, e

incluso asumir las tareas burocráticas de la Subsecretaría o las didácticas de la Escuela Naval Popular. Ciertamente son pocos, pero están bien preparados y cumplen sus deberes profesionales con disciplina cuando no con eficacia. Y no es poco mérito, teniendo que desempeñar sus funciones imponiéndose a recelos y suspicacias, cuando no de hostilidad manifiesta. Psicológicamente pesan en su ánimo los terribles desgarrs de un escalafón que meses antes aparecía como una familia compacta y estructurada. Algunos son fervientes republicanos de aquella República que parecía prometer un oasis de paz y bienestar, pero que bien pronto cambió de imagen; otros serán circunstanciales al juramento empeñado, aunque el Gobierno salido de las urnas no sea el de su preferencia, pero el deber se antepone al ideal; y, por último, un tercer grupo lo integran excelentes profesionales, sin color determinado, con ánimo de destacar en sus destinos. Quizá entre ellos haya que colocar a don Miguel Buiza y Fernandez-Palacios, el otro almirante de la Flota republicana.

Los primeros ajustes navales denotaron la carencia de medios idóneos para hacer frente a la sublevación militar contra el Gobierno del Frente Popular y al propio tiempo controlar la indisciplina desbordada de las dotaciones sublevadas contra sus mandos. Fernando Navarro Capdevila, capitán de fragata que ha pasado ya de la cincuentena, es nombrado por el ministro Giral jefe de la



Capitán de corbeta Miguel Buiza, jefe de la Flota republicana.

Flota republicana en efímero mandato nada resolutivo. Parece de fiar porque procede de la Secretaría Técnica del subsecretario y antes ha sido ayudante de órdenes del presidente Alcalá Zamora. Su incorporación tiene algo de inconsciencia o desaffo cuando el encargado provisional del mando a bordo, capitán de corbeta Federico Monreal, informa a las dotaciones «que ha ordenado este jefe que no se le moleste hasta las diez de la mañana» del día que va a tomar posesión del cargo. Ciertamente que Navarro viene de pasarlo mal tras su detención por lo marinos sublevados en la Base Aeronaval de San Javier y su posterior liberación, pero el gesto de «echar galones» no parece el más adecuado en el ambiente de crispación revolucionaria propio de los primeros días de la contienda. De todas formas, Navarro será un jefe efíme-

ro, incapaz de adaptarse a la situación, y tirará la toalla pocas semanas después. El Gobierno frentepopulista premió su frustración nombrándolo agregado naval en París y Londres, donde, aparte de respirar un aire más saludable, poco pudo hacer en defensa de una causa en la que quizá había dejado de creer. Será entonces el momento de la entrada en escena del capitán de corbeta Buiza.

Un marino andaluz divertido y ocurrente

Miguel Buiza y Fernández-Palacios había nacido en Sevilla en el seno de una acomodada familia de raíces conservadoras. Su ingreso en la Escuela Naval Militar se produjo en enero de 1916, es decir, en la cuarta promoción tras la reapertura de la Escuela Naval de San Fernando. Sus diferentes destinos de oficial en buques y dependencias se ven siempre salpicados de pintorescas anécdotas... y subsiguientes arrestos, fruto de su acusada extroversión y espíritu bromista. Cuando llega el 18 de julio de 1936 tiene treinta y ocho años, siendo por tanto de mucha menor edad que el capitán de fragata Navarro, al que habrá de relevar en la jefatura de la Flota, y está al mando del

remolcador de altura *Cíclope* basado en Cartagena. Es un comandante de los que se hace querer por las dotaciones, con las que mantiene una cordial convivencia, sin que ello vaya en demérito de su categoría; y así se puso de manifiesto cuando toda la dotación del *Cíclope* se opuso a que fuese detenido y desposeído del mando, como pretendía el jefe de los «aprehensores» cartageneros, el auxiliar naval Andreu Lillo, de ingrata memoria. La escena ha sido fielmente relatada por Domínguez Benavides y también se recoge en otros libros de uno y otro bando.

Jefe de la Flota republicana (primera etapa)

Miguel Buiza cesó en el mando del *Cíclope* para tomar el del crucero *Libertad*, con el que participa en la operación de reembarque de la desafortunada expedición del capitán Bayo en el intento de toma de Mallorca con el apoyo de la Generalitat catalana, manteniéndose después el buque en la zona de operaciones del Estrecho. El 31 de agosto sustituye a Navarro Capdevila en la jefatura de la Flota, con habilitación de capitán de navío, manteniendo por el momento también el mando del *Libertad*. Será por tanto el primer almirante republicano desde esa fecha hasta octubre de 1937 que ejercerá como único mando, ya que es relevado de la comandancia del *Libertad* poco tiempo más tarde de su toma de posesión, tras las primeras reformas orgánicas de la Marina republicana.

Afronta Buiza una época de muy difícil adecuación ambiental por la preponderancia de los comités sobre los comandantes de los buques, ya que el reglamento provisional dictado el 31 de agosto (el mismo día de la toma de posesión de Buiza como jefe de la Flota), para el funcionamiento de los comandantes y comités de buques, en lo referente a los primeros dispone que el comandante será nombrado provisionalmente por el ministro del ramo, jefe de Operaciones o de la Flota, previa conformidad del comité con el que deberá estar de acuerdo en todas las resoluciones, prevaleciendo en caso de discrepancia la opinión del comité, quien tenía que conocer obligatoriamente todas las comunicaciones de carácter oficial que recibiera y firmar, junto al presidente o secretario del comité, los escritos dirigidos a las autoridades de Marina, teniendo además que ejercer el mando por medio del comité, cuyas facultades son omnímodas, no sólo en el aspecto político, sino en los técnicos, ya que tenían a su cargo todos los servicios del buque, el manejo de las claves reservadas, la facultad de arrestos, el control de la comida, la inspección de servicios, etcétera.

Con tales hipotecas gravitando sobre su persona, la capacidad de acción del nuevo almirante de la Flota se veía muy mermada, pero no es óbice para que se produzcan tensiones y discrepancias, incluso con el propio ministro de Marina (Prieto), cuya decisión de enviar la mayor parte de la Flota al norte no

fue compartida por el criterio de los técnicos; así, su regreso al Mediterráneo, tras el hundimiento por el *Canarias* del destructor *Almirante Ferrándiz*, provoca una dura reacción de Buiza, que se dirige airadamente al ministro, protestando en nombre de toda la Flota «por el disciplente abandono y gravedad que representa enviar a una muerte segura a dotaciones heroicas, cuando con la información aérea pedida con insistencia y prometida sin resultado se hubiese evitado el sacrificio estéril». El ministro no se sale por la tangente y califica el reproche de «injusto» e invita a Buiza a ir a Madrid para un cambio de impresiones, ofrecimiento que declina el marino por considerar que la Flota se halla en un puerto que no ofrece seguridad (Bilbao) e insta al ministro el que se traslade allí.

Éste es quizá el incidente más serio de confrontación entre Buiza e Indalecio Prieto. Después, las relaciones mejoran, y Prieto emprenderá acciones relevantes como la sustitución de los comités por las delegaciones políticas, con un hombre de su total confianza al frente —Bruno Alonso—, con el que Buiza desplegará una inteligente labor de «mano izquierda» para valorizar sus «entorchados», es decir, las estrellas de cinco puntas que luce en su bocamanga.

El caso es que la Flota republicana en esta primera etapa con Buiza al mando no se cubre de gloria precisamente y sufre importantes pérdidas, aunque haya logrado eludir el encuentro con los buques nacionales a su regreso del norte. Asiste impasiblemente a la caída de Málaga, perdido totalmente el control del Estrecho y mostrándose bastante inoperante en la protección de su tráfico marítimo.

Jefe del Estado Mayor de la Marina

Los planes de reorganización de Prieto conducen a la creación del llamado Estado Mayor de las Fuerzas Navales de la República, cuya función refuerza incluso la del Estado Mayor de la Armada, suprimido absurdamente en los primeros días de la guerra, y cuyo objetivo consiste en preparar y estudiar las acciones navales de acuerdo con las instrucciones del ministro. El capitán de corbeta Luis González de Ubieta —otro de los marinos destacados del campo republicano y cuya semblanza publicamos el pasado año— es puesto al frente del mismo, pero en octubre de 1937 hay un intercambio de puestos entre Buiza y Ubieta, ya que este último es nombrado jefe de la Flota, y Buiza pasa a dirigir la Defensa Móvil Marítima, destino de mucha menor importancia que el que venía desempeñando, si bien hay un reconocimiento de servicios prestados, otorgándoseles una asimilación a vicealmirante, con derecho a lucir cuatro estrellas doradas de cinco puntas en la bocamanga, consolidando por tanto las obtenidas en la Flota.



Comité de mando del crucero *Libertad* en los primeros días de la contienda.

Poco duró Buiza en el mando de la Defensa Móvil, ya que dos meses más tarde (diciembre de 1937) se le nombra jefe del Estado Mayor de la Marina. Buiza no parece ser hombre de papeles, pero realizará —por la documentación examinada de ese periodo— una meritoria labor orgánica.

La guerra no va bien para el bando republicano y las reformas orgánicas se suceden en busca de una mayor coherencia y efectividad. El Ministerio de Defensa Nacional sustituye al llamado de Marina y Aire, en el que se refunden los servicios asignados a los departamentos de Guerra, Marina y Aire, con el Estado Mayor Central, con cuatro subsecretarías dependientes del Ministerio, las clásicas de Tierra, Marina y Aire y una cuarta de Armamento. Sigue Prieto de ministro, aunque ya bastante «tocado» tras conseguir sacar a flote el importante decreto de la supresión de los comités y la atribución de sus funciones al delegado político de la Flota y a los comisarios designados por cada unidad o grupo de unidades.

El cese de Prieto como ministro de Defensa Nacional y su sustitución por el doctor Negrín va a influir también muy directamente en el cese de Buiza como jefe del Estado Mayor de la Marina (abril de 1938). Durante el tiempo que ha ejercido el cargo ha tenido bastantes fricciones con Prado Mendizábal y con Ubieta, jefe de la Flota, así como con Fuentes, el subsecretario. Reclamaciones de más personal sanitario, reposición de habilitados en puestos

vacantes, planteamiento de operaciones navales más discutidas que aceptadas; tales habrán de ser su caballo de batalla hasta que sea relevado en el puesto por Prado Mendizábal, con el que también tendrá sus diferencias más tarde, cuando nuevamente se haga cargo el marino sevillano del mando de la Flota.

Nuevamente jefe de Flota

Hay un periodo de tiempo en la trayectoria profesional de Buiza que no aparece definido con claridad, y es el que va de abril de 1938 a enero de 1939, en que es designado jefe de la Flota en una segunda etapa, pero con la guerra ya en rotundo declive para las fuerzas republicanas. En el escalafón publicado en septiembre de 1938 figura como secretario de Personal, por lo que es de suponer haya estado a las órdenes del capitán de navío García del Valle, el desposeído comandante del *Jaime I* al producirse el alzamiento militar, e incluso lo haya sustituido en la jefatura, cuando éste es nombrado jefe del Negociado de Recompensas. Pero, por otra parte, los vicealmirantes Moreno de Alborán, en su tomo IV de *La guerra silenciosa y silenciada* (pág. 2.723), lo sitúan en Barcelona en enero de 1938, en los precisos momentos en que las tropas nacionales van a tomar la ciudad, de la que escapa milagrosamente tras el suicidio de su esposa. Para ellos sigue siendo el jefe de Estado Mayor de la Marina «roja», cuya jefatura había sido trasladada a Barcelona.

Como no tengo a la vista la hoja de servicios de Buiza, no puedo ni confirmar ni refutar el dato; lo que no ofrece ninguna duda es que Buiza es nombrado por segunda vez jefe de la Flota el 28 de enero de 1939, en unos momentos en que el panorama republicano es desolador. Sin operaciones navales que reseñar, con la Flota prácticamente refugiada en Cartagena, pocos se explican la necesidad, de un nombramiento mayormente inútil; tal vez, como apuntan los hermanos Moreno de Alborán, se debiera a la actitud pasiva y derrotista de Ubieta, aunque tal vez el distinto talante del recién nombrado hiciera concebir algunas esperanzas recuperatorias.

Apostante por un plan de paz

Los sucesos que van desde enero a abril de 1939 —sublevación del coronel Casado contra Negrín, sublevación y contrasublevación en Cartagena en los primeros días de marzo y salida de la Flota al mando de Buiza para Bizerta— han sido sucientemente tratados para remachar sobre ellos en un trabajo que tiene lógicamente limitado su espacio. Pero sí interesa señalar que el papel de Buiza en el desarrollo de los complicados acontecimientos es muy

relevante. En la reunión celebrada en el aeropuerto de Los Llanos en febrero de 1938, el almirante de la Flota republicana advirtió al presidente del Gobierno, doctor Negrín, que la Flota abandonaría las aguas españolas si no se buscaba a todo trance la paz, pues las dotaciones no estaban dispuestas a seguir padeciendo los intensos bombardeos que sufría Cartagena. La reunión fue muy tensa y al término de ella los jefes militares, salvo el general Miaja, abogaron por negociar la paz de inmediato, y, Buiza se vio reforzado por la adhesión del jefe de la Flotilla de Destruidores García Barreiro, que días más tarde sostendría una violenta discusión con el ministro Paulino Gómez, enviado para mediar.

No vamos a insistir en los detalles del complicado entramado de las sublevaciones cartageneras, que al final propiciaron el abandono de la Flota de aquel puerto en una zarpada más que caótica, al haber transcurrido el plazo que para negociar le había dado Buiza. Con la mayoría de las autoridades navales a bordo, Galán, Ruiz, Bruno Alonso, y un abigarrado componente de marinos y civiles, a las 1205 horas del día 5 de marzo, salieron de Cartagena los cruceros *Cervantes*, *Libertad* y *Méndez Núñez*; los destructores *Lepanto*, *Antequera*, *Valdés*, *Gravina*, *Jorge Juan*, *Miranda*, *Escaño* y *Ulloa*. Buiza no hizo caso de los cantos de sirenas que le conminaban a volver a Cartagena, «nuevamente recuperada para la República», y ordenó mantener el rumbo hacia aguas argelinas, a pesar de las protestas de algunos marineros y algún comandante de destructor; así, en la noche del 6 los buques llegaban a la bahía de Bizerta —lugar fijado por el mando naval francés—, donde el almirante de la Flota republicana, capitán de corbeta Buiza y Fernández-Palacios, dictaría su última orden:

«El mando de la Flota encarece a todos los de los buques que, dado el próximo fondeo en un puerto extranjero, se mantenga por las dotaciones de los mismos un perfecto estado de disciplina, uniformidad y corrección.»

Reflexiones finales desde el exilio

Miguel Buiza sufrió un breve internamiento en el campo de concentración de Meknassy, pero se enroló en la Legión Extranjera francesa, en circunstancias excepcionales, pues aunque el alistamiento tradicional era como simple soldado Buiza ingresó como capitán, siendo la segunda persona en la historia del Cuerpo que entró como oficial. Formó parte del Cuerpo Franco de África y luchó contra los alemanes desde 1940. El general británico Bradley, a cuyas órdenes estuvo el Cuerpo durante la campaña de Túnez, se admiraba que una compañía de infantería estuviese mandada por «un almirante español» y otra por un doctor judío. En 1942 le fue concedida una cruz de Guerra y, cuando las tropas del general Leclerc entraron en París el 24 de agosto de 1944, uno

de los tanques llevaba el nombre de *Almirante Buiza*. Tal era el prestigio del marino español adquirido en combate (1).

Después de la victoria aliada, ayudó a transportar a Palestina a supervivientes judíos de los campos de concentración alemanes. Los ingleses no entendieron su intención y lo tuvieron detenido, hasta que fue liberado por el recién creado Estado de Israel en 1948. Volvió a Orán, donde ejerció de tenedor de libros y contable en algunas empresas papeleras. Murió en Francia, lejos de su añorada Sevilla, anticipado en el tiempo en que hubiese sido posible su regreso.

Hay casi plena coincidencia en los juicios de valor que se han formulado sobre Miguel Buiza, cuya pertenencia a una aristocrática familia sevillana no le impidió ser tremendamente popular entre sus hombres. Compañeros del bando contrario que lo conocían han puesto en duda que sus convicciones políticas tuviesen un color determinado, y han coincidido que de haber caído en la zona nacional se habría incorporado profesionalmente a su Marina. Nunca estuvo vinculado a la masonería ni estaba fichado entre los recalcitantes del republicanismo radical. Era, como se ha dicho, un hombre divertido y vitalista en sus años de juventud, bromista y de acusada personalidad. Su comportamiento en los destinos en campaña fue correcto, y a diferencia con González Ubieta, sus relaciones con el comisario general Bruno Alonso fueron afables y cordiales, de lo que se ufana el propio Alonso. Sin embargo, en los últimos meses de la guerra su carácter cambió, más que por las vicisitudes del conflicto, por desgracias familiares, agravadas con el suicidio de su mujer, y su carácter de natural optimista se volvió reconcentrado y pesimista, pero en todo momento el hombre supo imponerse a su circunstancia.

No hago apología del personaje con sus méritos y sus defectos. Tampoco me pliego a los todavía «anclados» en la España del 36 con sus escrúpulos y deformaciones. La Historia, gran maestra de la vida, pondrá a cada cual en el sitio que le corresponde, con la perspectiva que da el tiempo y la serenidad. Sólo es cuestión de buena voluntad y ánimo de entendimiento y de concordia.

(1) Con ocasión del estreno en Madrid de la película *Arco de Triunfo*, protagonizada por Charles Boyer e Ingrid Berman, al aparecer en pantalla la escena de los tanques del general Leclerc entrando en París, podían leerse a sus costados los nombres de *Belchite*, *Brunete*, *Ebro*, *Almirante Buiza*; los censores anduvieron despitados o dejaron intencionadamente (lo que parece menos posible, dada la época) la escena tal como estaba. Al fin y al cabo, muchos de aquellos combatientes españoles vencidos en nuestra guerra gozaban de las mieles de la victoria en otra guerra que no había sido la suya.